

Vigilar para dar razón de nuestra esperanza

Todos sabemos que el mundo es muy distinto a como nos gustaría que fuese y sentimos la impotencia de no saber cómo afrontar tanta desgracia, lo que nos provoca, a veces, mucha desazón interior. Seguimos, como el profeta Isaías deseando la presencia del Santo en medio de nosotros: «¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!» Ese grito que siglo tras siglo brota de las entrañas de la humanidad y, a los creyentes, se nos pide que demos razón de nuestra esperanza. Una esperanza que anuncia algo completamente nuevo, el anuncio de que Dios no olvida a su pueblo: «Anunciad a los pueblos y decidles: Mirad, viene Dios vuestro salvador». Pero tenemos que aprender a esperar y a comprender que Dios viene en el silencio de la historia, en el silencio de los tiempos. No son grandes teofanías las que anuncian su santa presencia en medio de nosotros, sino que tenemos que aprender a descubrirlo donde parece que está ausente y silencioso, pero Él siempre viene a esos lugares a los que nos cuesta mucho descender. Tenemos que estar constantemente aprendiendo a ver desde nuestro interior a descubrir las señales de su presencia y eso nos sitúa en esa vigilancia que Jesús nos aconseja.

La vigilancia tiene un carácter activo. No es estar quieto mirando el horizonte o para el cielo a ver si aparece el Deseado, o anhelando aquello que ponga fin a nuestros problemas. No, vigilar es estar atentos a los signos de los tiempos, saber qué es lo que acontece en nuestro tiempo presente para no cometer los errores del pasado. Vigilar no es crear falsas ilusiones de un mundo feliz. Vigilar es vivir atentos a la realidad sin disfrazarla: es escuchar los gemidos de los que sufren, entrar en uno mismo y ver qué es lo que le alegra, cómo acoge y cómo rechaza. Vigilar es sentir el amor de Dios en la vida, ese amor que nos lleva a afrontar los problemas con serenidad, a gritar contra la injusticia, a devolverles la ilusión a todos los que les fue arrebatada su casa, o su trabajo, o su dignidad. Vigilar es luchar, moverse, abrir un camino para la justicia y la paz. Vigilar es volver constantemente a la Santa Palabra, leerla con el corazón porque es la que tiene la verdad y la vida. Vigilar es sacar fuerzas de flaqueza cuando la desesperación de tanta podredumbre cae sobre nosotros y nos desmoraliza porque nos sobrepasa. Entonces gritamos para que se rasguen los cielos, para que la soberbia de los poderosos, que es como las altas montañas, se derrita, y el desierto yermo de los pobres, se convierta en un jardín donde germine la justicia y la paz.

Se nos enseñó que vigilar es pasar las noches en oración. Pero el sentido evangélico va por otros caminos. Buena es la oración, muy necesaria e insustituible, pero orar significa vivir, estar comprometidos, y despertar nuestra sensibilidad para no caer en un pietismo que nos lleve a vivir encerrados sobre nosotros mismos, nos inmunice de las exigencias del Evangelio, nos endurezca el corazón. Vivir es servir en silencio, amar con alegría, dar todo lo que se pueda, y reír, porque la risa rompe las telarañas de nuestra alma y así nuestros oídos escuchen lo que escuchaba Jesús. Para que nuestros ojos vean la vida como Él la veía, para que miremos a las personas como Él las miraba. Por eso quería que sus discípulos fuesen capaces de trascender las apariencias, como se nos muestra en el relato evangélico de la pobre viuda. Y ver la vida en toda su belleza y el pecado en toda su crudeza para saber y comprender que nada, absolutamente nada, ni el poder económico, ni el poder político, ni el poder religioso está por encima de las

personas y tampoco por encima de este mundo que Dios creó con tanto amor. Vigilar, lo repetía Jesús una y otra vez, es estar despiertos, que no se apague la luz, atentos a que las instituciones no se traguen a las personas. Y para eso los cristianos tenemos que redescubrir el Evangelio, beber del manantial fresco y puro que mana tanta verdad, vida y amor en abundancia. Volver a poner los ojos en Jesús de Nazaret, sintonizar con su vida, arraigar nuestra fe en su persona. Esto nos lleva a revivir su experiencia de Dios, porque lo esencial del Evangelio no se aprende desde fuera, lo descubre cada uno dentro de sí. Y lo que tenemos que descubrir, no tenemos que cansarnos de repetirlo, es ver cómo Jesús sentía a Dios y a las personas, porque si hay algo que se resalta en el Evangelio, lo que le preocupaba a Jesús de Nazaret no era el pecado, la moral o la ley, sino el sufrimiento de las personas, las que eran víctimas del pecado y del egoísmo de los grandes. Jesús no solo amaba a los desgraciados, sino que nada amaba más por encima de ellos.

¡Vigilar! Esta invitación constante de Jesús no nos tiene que hacer sentirnos perdidos y desanimados por todo lo que vemos en el mundo. Vigilar, reconocer las señales de esperanza en nuestro mundo y en nuestro entorno. Ver, alegrarse y dar gracias porque está creciendo en la conciencia de muchas personas un sentimiento de indignación que preocupa a los políticos y a los empresarios y eso es muy positivo. Porque son mucho los hombres y mujeres de todas las edades que no se resignan a perder sus derechos. Por eso la Iglesia tiene que ser evangélica y de una gran calidad humana, en donde no hay calidad humana la espiritualidad es un espejismo, es falsa. Una Iglesia vigilante, porque solo desde un corazón vigilante puede brotar la humanidad de su Señor.

Que María y su esposo San José, los padres de nuestro Señor Jesucristo, que vivían la esperanza de Israel y que llevaban y guardaban en sus entrañas la salvación de Dios, nos ayuden a vivir este santo tiempo con alegría y en comunión de todos los que trabajan sin descanso por una humanidad en donde la justicia sea la reina, y aguardan con ilusión las pisadas del Mensajero que trae la Buena Nueva de la Paz.

<http://www.monasteriodesobrado.org/>